

una gran parte de sus antiguos vasallos deseaba que volviese á reinar. Rara vez sucede que la cesion de la corona deje de producir algun sentimiento. El monje Rachis, cuyo retiro habia causado tanta edificacion, se sintió estimulado á recuperar el cetro. Pero bien sea por las dificultades que se le ofrecieron, ó porque semejante resolucion fuese inspirada por los que eran hechuras suyas, ó en fin porque no se hubiese olvidado de los principios de la religion, se mostró dócil á las representaciones del Sumo Pontífice, relativas á los intereses inestimables de su alma, y á las consecuencias funestas de la division que encenderia entre los lombardos.

72. El Papa Estévan se interesaba mucho á favor de Didier, el cual habia prometido consumir el tratado del Rey Astolfo, y devolver algunas ciudades que los lombardos tenian todavía en su poder. Una proteccion tan poderosa, y que decidia de la de los franceses, dió la corona á Didier sin contradiccion. Restituyó á lo menos en parte las plazas prometidas, y en especial la ciudad importante de Ferrara con todo su ducado. El Papa dió cuenta á Pipino de la eleccion de Didier, y le pidió sus buenos oficios á favor de este nuevo Rey.

73. Pipino hacia celebrar entonces en Vernon un concilio de cuasi todos los obispos de Francia, á fin de proceder al restablecimiento general de la disciplina (1). Mas como las relajaciones introducidas por las desgracias del estado, y arraigadas por una larga

(1) Tom. 6. Concilior. pag. 1664.

costumbre, habian aumentado el mal hasta el último extremo, cuidaron menos de restaurar la perfeccion de los antiguos cánones que de esterminar los mayores abusos. En los dos años siguientes de 756 y 757 se celebraron otros dos concilios en Compiègne, ó por mejor decir, dos de aquellas asambleas de la nacion, en que los señores y los prelados formaban un cuerpo de vocales, lo mismo que en las demás convocaciones de los estados. Señaló entonces Pipino para su apertura el dia 1.º de Mayo, en lugar del 1.º de Marzo, dia en que hasta aquella época se acostumbraban celebrar. Determinóse en estos tres concilios, cuyos cánones es difícil particularizar, que una abadesa no pudiese tener dos monasterios, ni salir del suyo á no ser por causa de hostilidades ó consentimiento del obispo cuando fuese llamada por el Soberano. Esto se aclara mas en otro cánón, el cual obliga á las abadías reales á dar cuenta al Rey de sus bienes, como las abadías episcopales la daban al obispo. Llamábanse abadías reales aquellas que habian fundado los Reyes, y que no dependian de los obispos, sino que estaban únicamente sujetas á la inspeccion del archi-capellan ó limosnero mayor de la corte. Se prohibió á los obispos, á los abades y aun á los legos el percibir salario ó retribucion alguna por la administracion de justicia. Los peregrinos fueron declarados esentos de los derechos de peazgo. Prohibieron á los clérigos, y este es el cánón diez y ocho, el recurrir á los jueces seculares sin beneplácito de su obispo ó de su abad, segun el antiguo

decreto del concilio cartaginense que impuso pena de deposicion al clérigo que declinase el juicio eclesiástico por el secular, aun cuando la sentencia secular fuese en su favor. La razon de esta prohibicion era, porque el eclesiástico que procede de este modo, parece que desprecia á sus hermanos, cuyo juicio no quiere tolerar, y de esta manera se escluye, al parecer, á sí mismo de la clase de aquellos que le merecen tan mal concepto. Puede verse lo que con este motivo dice Mr. Godeau, obispo de Vence, contra los eclesiásticos que, infieles á su propia dignidad y á la autoridad de la Iglesia, se retiran de sus tribunales competentes, como para buscar en otros mas luces ó mayor equidad, y no tiran á otra cosa que al envilecimiento del orden gerárquico.

La mayor parte de los otros cánones de los concilios de Vernon y de Compiègne contienen reglamentos para el matrimonio, los mismos con corta diferencia que se han visto ya en otras partes. El mas singular es el que disuelve el lazo conyugal por causa de lepra, dando facultad á la parte sana para volverse á casar: mas aquí solo se trataba de la lepra anterior al matrimonio, y reputada por impedimento de impotencia.

74 y 75. En Compiègne en la asamblea de 757, Tasillon, duque de Baviera, rindió homenaje al Rey Pipino con grandes juramentos, primero sobre las reliquias que el Rey traía siempre consigo, y luego sobre los sepulcros de San Dionisio, de San German de Paris y de San Martin de Tours, á donde fue es-

presamente. Se verá no obstante por la serie de los sucesos, que estos empeños tan sagrados en favor de su tío y de su Rey fueron insuficientes. Iba á terminarse la asamblea, cuando llegaron embajadores del Emperador Constantino Coprónimo, pidiendo la alianza y la amistad del Rey, cuyo poder y conducta tenían tanto influjo en los negocios de Italia. Traían regalos magníficos y muy curiosos para el gusto de los galos, entre otros los primeros órganos que se habían visto en Francia, los cuales fueron colocados en la abadía de San Cornelio (1). Pero todos los dones y artificios de los griegos no fueron capaces de alterar los efectos de la munificencia de Pipino respecto á la iglesia romana. Algun tiempo despues, otros ministros del Emperador fueron á proponer al Rey que se uniese con él contra los lombardos, ofreciéndole por esposo de su hija Gisela al Príncipe Leon, primogénito del Emperador. Pipino con toda la sencillez de su fe y con la franqueza que es natural á los franceses, respondió, que él no creía poder unirse en conciencia con un Príncipe que se había manifestado públicamente contra el culto y la doctrina de la Iglesia.

76. Los prelados á egemplo del Monarca, señalaron en todas ocasiones su celo por la pureza de la fe, y su adhesion al centro de la unidad católica. Tal era el espíritu que animó principalmente al mas ilustre entre ellos, Bonifacio, arzobispo de Maguncia y legado apostólico por espacio de treinta y tres

(1) *Monach. S. Gal. lib. 2. cap. 10.*

años. Se propuso por ley de su conducta dirigirse en todo de un modo invariable por los consejos de la Cabeza de la Iglesia; y como la continuacion de sus trabajos en tierras distantes le privaba de la noticia de los negocios y revoluciones mas considerables, no pidió la comunión con la santa Sede al Papa Estévan hasta dos años despues de su exaltacion al pontificado. Habia estado ocupado, como se lo participaba escusando su tardanza, en reparar mas de treinta iglesias incendiadas por los paganos, sin acobardarse ni disminuir la actividad de su celo. Agoviado de años y de enfermedades, tomó á su cargo la empresa de convertir enteramente á los frisonos, idólatras feroces é inconstantes, entre los cuales habia trabajado en los años anteriores con algun fruto.

Se proveyó antes de un digno sucesor en la silla de Maguncia con arreglo á la facultad que habia obtenido del Papa; y con el previo consentimiento del Rey Pipino, de los obispos, de los abades, de todas las órdenes de la clerecía y de todos los señores de la diócesis, ordenó al sacerdote Lullo, uno de sus discípulos mas fieles y mas queridos. Entre los motivos que propuso al archi-capellan Fulrado para que le consiguiese el beneplácito del Monarca, fue uno la necesidad de instituir un obispo caritativo que atendiese á las necesidades de los sacerdotes empleados en la frontera de los paganos: obreros, le dijo, ocupados infatigablemente en la viña del Señor, los cuales á lo mas pueden ganar el pan, pero no el vestido, si no se les ayuda como yo lo he hecho.

Instituido Lullo, y estando dispuesto Bonifacio á marchar á Frisia, este venerable anciano le dijo lo siguiente (1): „hermano mio, el tiempo de mi muerte se acerca: oid pues, y cuidad de egecutar las últimas voluntades de vuestro padre. Continudad las obras de las iglesias que he comenzado en Turingia: aplicaos cuanto podais á la conversion de los pueblos, acabad la iglesia de Fulda, y procurad que con el tiempo se me entierre en ella. Al preparar todo lo necesario para mi mision, no os olvideis de poner con mis libros una sábana para enterrarme.” Al oír estas palabras no pudo Lullo reprimir el llanto, y derramó un torrente de lágrimas. San Bonifacio llamó tambien á su parienta la abadesa Santa Lioba, y la exhortó á no dejar despues de su muerte aquella tierra que le habia sido estrangera, y á mantener el espíritu de regularidad en su abadía de Bischofheim, sin que la debilidad del sexo, ni el disgusto y fastidio pudiesen dar lugar á la relajacion. La recomendó al obispo Lullo y á los ancianos del monasterio de Fulda que estaban tambien presentes; y dándola su cogulla, la dijo, que queria no estar separado de ella despues de la muerte, sino que ambos fuesen enterrados en un mismo sepulcro.

77. En fin, se embarcó en el Rhin para bajar á Frisia. Llevó en su compañía á Eoban, á quien habia ordenado para la silla de Utrech, vacante por muerte de San Willebrodo, y á otros diez compañeros, tres sacerdotes, tres diáconos y cuatro monges.

(1) *Willibald, cap. 20.*

Hizo una multitud de conversiones, bautizó millares de infieles, les obligó á derribar sus templos y á edificar iglesias, señaló dias para confirmarles, y entretanto los envió á sus casas. Se quedó Bonifacio en la ribera del rio Burda, siempre dispuesto á purificar otras almas en las aguas de la regeneracion. En el dia convenido comparecieron por la mañana, no los neófitos que esperaban, sino una cuadrilla de bárbaros idólatras y bien armados, que acometieron á las tiendas de los predicadores evangélicos. Salieron los domésticos con armas para rechazarlos; mas el santo obispo, advertido de la novedad por el tumulto, llamó á sus familiares, y tomando las reliquias que traía siempre consigo, salió fuera de su tienda y dijo á los suyos: „deponed las armas, hijos míos: nuestra Religion nos enseña á no volver violencia por violencia. Ya ha llegado el dia por que tanto he suspirado: poned vuestra confianza en Dios, el cual por algunos momentos de una vida miserable os dará un reino eterno.” En el mismo instante los asaltaron los paganos con furor, y dieron la muerte á cincuenta y dos de ellos. De esta manera coronó San Bonifacio con el martirio, siendo de edad de setenta y cinco años, en el dia 5 de Junio de 755, cuarenta años de apostolado en la Germania, y treinta y seis de un santo obispado. Habiéndose esparcido por todo el pais la noticia de su muerte, formaron los cristianos un ejército numeroso, y se arrojaron sobre los idólatras, á quienes hicieron arrepentir de su atentado. Pero el santo mártir, concluyendo con sus

súplicas lo que habia comenzado con su predicacion, consiguió del Señor para los paganos que sobrevivieron á la ruina de su pais el arrepentimiento de sus culpas, y la gracia de la conversion á la mayor parte de ellos. Su cuerpo fue enterrado en Utrech, de donde su digno sucesor el arzobispo Lullo le hizo trasladar á Maguncia, y despues fue llevado, segun la voluntad del Santo, á la iglesia de Fulda: lo cual no contribuyó poco á la celebridad de este monasterio, que llegó á ser la escuela mas famosa de toda la iglesia occidental en todo este siglo y en el siguiente.

78. No solo fue San Bonifacio el apóstol de la Alemania, sino tambien el restaurador de la disciplina eclesiástica en todo el imperio francés (1). A él se atribuyen los estatutos ó instrucciones para los obispos y los sacerdotes, de los cuales muchos artículos merecen ser conocidos. Dice el cuarto, que el sacerdote no debe ir á parte alguna sin llevar consigo el santo crisma, el óleo bendito y la Eucaristía, á fin de estar siempre pronto á egercer todas sus funciones. El veintisiete decide, que no debe causar escrúpulo el bautizar á las personas cuyo bautismo es dudoso, usando sin embargo de esta protesta: *yo no te rebautizo; mas si no estás aun bautizado, yo te bautizo.* Este es el primer egemplo que se conoce del bautismo administrado bajo condicion. „Como son varias las causas, dice el santo prelado en el artículo

(1) Tom. 6. Concilior. pag. 1690.

veintiocho, que nos impiden observar rigurosamente los cánones en la reconciliación de los penitentes, cada sacerdote tendrá cuidado de reconciliarlos por medio de la oración, luego que haya recibido su confesión; es decir, que no diferirá la absolución á aquellos cuyas disposiciones le hayan parecido suficientes. El enfermo, añade, que despues de haber pedido la penitencia, perdiese el conocimiento ó la palabra, no solo será reconciliado con la imposición de las manos, sino que recibirá tambien la Eucaristía, haciéndosela pasar por la boca: palabras que al parecer manifiestan, que en caso de necesidad se daba entonces la comunión bajo la sola especie de vino.

Además de Lullo, arzobispo de Maguncia despues de San Bonifacio y venerado como santo, tuvo el apóstol de la Germania otros muchos santos discípulos que trabajaron sin intermision con él, y despues de él. Se ha visto ya cuales fueron el mérito y virtudes de San Burchardo, obispo de Wirsburgo, de San Wilebaldo, obispo de Eichstadt, de San Vunébaldo, hermano de Wilebaldo y de la santa abadesa Walburga, de San Esturmio, abad de Fulda, y de San Eoban, obispo de Utrech.

El santo abad Gregorio, que sin ser obispo gobernó la iglesia de Utrech despues de la muerte de Eoban, se puso bajo la dirección de San Bonifacio desde la edad de quince años, cuando al pasar este varon apostólico por el pais de Tréveris, se alojó en el monasterio de Falz, fundado y gobernado por Adela, abuela de Gregorio, é hija del Rey Dagober-

to II (1). Este jóven, criado con la delicadeza ordinaria en los hijos de nacimiento ilustre, sostuvo con la firmeza de un operario evangélico el mas experimentado, todo cuanto hubo de sufrir en las misiones de Turingia poco antes assolada por bárbaros. Su fervor fue siempre el mismo en lo sucesivo. Cuidó hasta la muerte de la iglesia de Frisia ó de Utrech, de la cual fue luego obispo su sobrino Alberico por una disposición de la Providencia, que le separó de los Reyes de la tierra, á quienes servia con distinción en Italia. Por lo que toca á Gregorio, solo tuvo el carácter de sacerdote y de abad del monasterio que habia en aquella ciudad. Formó escelentes ministros del Evangelio, aun entre los pueblos nuevamente convertidos, como eran los sajones, frisonos y suevos. San Ludgero, que escribió su vida, y San Lebvino, son los mas célebres (2). Entre todas sus virtudes sobresalió principalmente la caridad, aun en aquellas ocasiones en que su práctica se hallaba en oposición con las mas funestas preocupaciones de las naciones en que vivia. Refiérese de él, que habiendo sido asesinados dos hermanos suyos en un bosque, los homicidas fueron presos, y puestos á su disposición para que los hiciese castigar con la muerte que le pareciese, segun las leyes bárbaras que dejaban la venganza en manos de los parientes del muerto. Comparecieron temblando en su presencia, mas él les dijo: *yo os perdono: no volvais á hacer semejante cosa, no sea*

(1) Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 327 (2) Sur. ad diem 12 Novembr.

que se os trate peor. Mandó que los lavasen , que los vistiesen con decencia , que les diesen bien de comer, y que los condujesen á lugar seguro , por temor de los demás parientes.

79. No causaban menos edificacion por el mismo tiempo las virtudes de San Ótmaro en otra parte de la Francia Germánica. Era abad del monasterio de San Galo , una de las primeras escuelas de la iglesia de Alemania. Temiendo que la indigencia arruinase los estudios y la regular observancia , fue á quejarse al Rey Pipino de las exacciones y robos de los gobernadores de la provincia del alto Rhin , llamada entonces propiamente Alemania. A su regreso se apoderaron de su persona , le cargaron de cadenas como á un malhechor é hipócrita , y le hicieron acusar de incontinencia por uno de sus monges llamado Lamberto (1). Apenas se movió á defenderse , ya porque previó la inutilidad de todas las apologías contra la maldad y la opresion , ó ya por una humildad extraordinaria que Dios inspira á algunos santos , cuya inmediata defensa toma á su cargo. Ótmaro , víctima de una calumnia tan atróz , fue encerrado en un castillo , y tratado con tanto rigor , que muchos dias le habria faltado el alimento si uno de sus monges no se lo hubiese llevado de noche con gran secreto. Desde allí fue trasladado á la isla de Stein en el Rhin , en donde vivió cuatro años sin cesar de aumentar su mérito con la oracion , los ayunos y las austeridades que añadía voluntariamente á los demás trabajos de

(1) *Vit. cap. 4. tom. 4. act. SS. Bened.*

su vida. Habiéndose hallado su cuerpo incorrupto diez años despues de su muerte , le llevaron con gran solemnidad á su monasterio de San Galo , que habia gobernado por espacio de cuarenta años. Su calumniador , el monge Lamberto , fue acometido de una horrible enfermedad que le dejó enteramente estropeado. Confesó su delito , y dió al Santo unas satisfacciones tan brillantes como inútiles para aquel de cuya santidad se hacia apologista el cielo.

No acabaríamos si quisiésemos hacer mencion de todos los modelos de virtud que consolaban á la Iglesia en aquellas naciones que acababan de salir de la idolatría mas bárbara. Parecia que la fe iba estendiendo sus conquistas en las regiones en que el nombre de Jesucristo habia sido mas ignorado , á proporcion del abandono sacrilego de los primeros adoradores de este Dios hecho hombre. Seducidos ó forzados por un Soberano infiel y sin freno , así los pastores como los pueblos inmediatos á los lugares consagrados con la sangre del Redentor , manifestaban en orden á las prácticas mas augustas de su culto , el mismo desprecio que sus padres habian concebido de la idolatría.

80. Constantino Coprónimo acababa de proscribir las santas imágenes con un escándalo espantoso , por medio de trescientos treinta y ocho obispos congregados en forma de concilio. Con no menor escándalo y desvergüenza nombró de su propia autoridad para patriarca de Constantinopla , en lugar de Anastasio , al monge Constantino , obispo de Stilea , y digno com-

petidor suyo en la carrera de la impiedad (1). Él mismo preconizó á su patriarca desde el púlpito de la iglesia de Blaquernas, donde su concilio tuvo la última asamblea; y allí le revistió del hábito sagrado y del palio, aplaudiendo todos aquellos indignos obispos la subversion de la gerarquía y de todos los cánones.

81. No contentos con haber dado sus decretos impíos, los ejecutaron con furor. Se esparcieron por todas las iglesias y oratorios, derribaron todas las figuras que podian servir de objeto al culto cristiano, las pisaron ó las hicieron pedazos. Borraron las pinturas de las paredes, cubriéndolas luego con cal para que no quedase el menor vestigio de ellas (2). El Emperador hizo sobre todo la guerra á los solitarios y á todas las personas religiosas, á quienes no daba otro nombre que el de abominables. Escitó al pueblo á maltratarlos, y prohibió con penas rigurosas el que se les suministrase algun socorro. El único medio de libertarse de las pesquisas y torturas, era el de dejar el hábito monástico y contraer matrimonios sacrílegos, á lo cual les instaba el mismo Constantino. Prohibió á todos sus vasallos con la mayor severidad que abrazasen la vida religiosa. Los monasterios fueron invadidos por la tropa, y sus rentas aplicadas al fisco. Todos los monges abandonaron absolutamente á Constantinopla y las provincias vecinas, para retirarse á occidente, ó á lo menos hácia el Ponto-Eusino y la isla de Chipre, que eran los únicos países del impe-

(1) *Conc. VII pag. 18.* (2) *Theoph. ann. 21. pag. 463.*

rio que no estaban infestados con la heregia de los iconoclastas.

82. Las torturas y los suplicios fueron tan generales como las confiscaciones y el destierro (1). El inexorable Emperador hizo morir á fuerza de azotes á un solitario venerable, San Andrés de Creta, llamado el Calibita. Andrés padeció en Constantinopla en el circo de San Mamés; despues de lo cual mandó el tirano que arrojasen su cuerpo al mar. Pero las hermanas del mártir hallaron medio de robarle, y le enterraron secretamente en un sitio llamado Chrisys, que con el tiempo tomó el nombre del Santo. Con no menos crueldad hizo echar en el mar á Juan, abad de Monagrio, despues de haberle metido en un saco y atado á él una gran piedra. En la isla de Creta el abad Paulo fue martirizado por el gobernador Teófanes. Habiendo sido conducido á la presencia de este oficial, que habia mandado poner en tierra á un lado la imágen de Jesucristo, y á otro los instrumentos del suplicio destinado á Paulo, le dijo Teófanes: „escoge una de dos cosas, ó pisar esta imágen, ó padecer este tormento. No permita el cielo, ¡ó adorable Salvador! exclamó Paulo, que yo os ultraje tan indignamente como se pretende de mí;” y en el mismo instante se postró para adorarle. Irritado el perseguidor, le hizo despojar y atar desde el cuello hasta los talones entre dos tablas, asegurando en ellas todos sus miembros con clavos: luego encendieron una grande ho-

(1) *Du Cang. C. P. tom. 2. pag. 107.*